

EL CATECISMO

DEL

PADRE RIPALDA

COLECCION DE ARTICULOS ESCRITOS
EN SU DEFENSA

POR EL LIC. D. RAFAEL GOMEZ.



EDICION DE LA "IDEA CATOLICA."

MÉXICO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C^o

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1871

PRELIMINARES.

ARTICULO PRIMERO.

La variedad y contrariedad de opiniones nos desconciertan: á las nociones que varían según las personas, y que no son siempre constantes en una misma persona, las llamamos ficciones.

(Cic. de Leg. Lib. 1, pár. 17.)

Dejando al cura de la Sierra la improba y espinosa tarea de seguirse encargando de contestar punto por punto al autor de los *Bosquejos*, sobre las varias cuestiones que suscita, respecto de la educación é instrucción primaria de la niñez en México, nos hemos resuelto á tratar en otro tono y con otros elementos, una sola que nos parece digna de mayor desarrollo, por su vital importancia social é individual.

Ya comprenderán nuestros lectores, si es que han leído el *Federalista*, que la cuestión que nos proponemos tocar, es la relativa á las apreciaciones poco cuerdas y nada concienzudas que se hacen del libro de oro de nuestras escuelas, del pequeño catecismo del jesuita aragonés, Gerónimo Ripalda, que todos conocemos y que anda en todas las manos. Aunque sobre esta cuestión, el cura de la Sierra ha dicho mas de lo que pudiera exigirsele por su contradictor, si es que algo puede exigir quien no hace mas que emitir su opinion, y

tanto cuanto se necesita para dejar bien puesta su causa y muy alto su bandera; sin embargo, cuando la obra, objeto de la saña, está á tan grande altura, es preciso que se vea hasta por los ciegos, que los dardos que á ella se arrojan no pueden tocarla. En ese libro, todo es verdad y razon, y la verdad y la razon no se ofuscan tan fácilmente como se piensa, con una chispa propia ó prestada de algun ingenio que se aparta de la luz, con alguno ó algunos rasgos oratorios que, si se les despoja de su gala, quedan abajo, muy abajo de tanta declamacion vulgar con que en el siglo XIX sobre todo, se quiere sustituir el razonamiento, proponiéndose, sin duda, no instruir y convencer, sino aturdir y atarantar las inteligencias poco ilustradas.

A quien solo manifiesta su opinion, sin tomarse el trabajo de exponer las razones que pudieran justificarla, se le responde y bien, con solo manifestar la opinion contraria; y más cuando en pró de esta última milita la presuncion que no cede, ni debe ceder á solo palabras, por apasionadas, por vehementes que sean: cuando una prescripcion larga, y puede llamarse inmemorial, la ha puesto en posesion de títulos al ménos colorados. La opinion del cura de la Sierra es la que ha reinado; si se la quiere destronar, se necesita algo mas que de una frase en este ó aquel tono, se necesita de sólidos argumentos. La filosofia y no la acústica, es la que debe decidir. No bastan las generalidades de que solo se valen los que temen el análisis; las generalidades son un triste recurso de que se echa mano únicamente cuando no se cuenta con un caudal de racionamientos felices: son las telas de araña que se pretende cubran una desnudez repugnante.

De suerte que el cura de la Sierra hizo mas de lo que podia exigirsele, pues no solo opuso su opinion á la del autor de los *Bosquejos*, sino que estimando la suya en poco, lo que recomienda á nuestros ojos su moderacion; cuidó de pertrecharla con otras opiniones razonadas que no podian parecer sospechosas á su antagonista. A una razon, otra razon: á una opinion, otra opinion: esto es lo justo; y por lo mismo, lo único exigible: esto es lo equitativo, y por lo mismo, lo único obligatorio entre leales adversarios, principalmente si éstos son de los que llevan el principio de la igualdad hasta sus últimas consecuencias, y el dogma del libre exámen, hasta sus últimos delirios. En este terreno, ninguna opinion pesa mas que otra, sino que todas, vengan de donde vinieren, tienen igual peso. Solamente puede y debe inclinar la balanza, el número, á no ser que se desconozca la fuerza que el número entraña para los que profesan las modernas teorías.

A pesar de todo, y ya que el autor de los «Bosquejos» desea razonamientos de otro género, y en nuestro repertorio no escasean; sin pretension ninguna, vamos á darle gusto, ocupándonos mas detenidamente del punto indicado, esperando que á su vez sea mas explicito y no rehuse entrar en la explanacion de los fundamentos de las ideas generalísimas que sobre el particular ha vertido. Así, la discusion se colocará en el terreno en que deben colocarse las discusiones filosóficas, y se ennoblecera hasta para el mismo que se empeña en sostener el error y hacer que prevalezca contra la verdad; pues las razones que se pongan en juego, ya que no sean bastantes á persuadir que se está en lo cierto, sí lo serán para servir de testimonio de que se discute de

buena fe y se escribe con convicción. Entónces, y encarrilada la cuestión por semejantes rieles, la personalidad quedará á cubierto, guarecida en el santuario de su propia dignidad, y escudada por el sacerdocio del buen nombre y del respeto público. Porque si uno mismo profana su santuario y se rebela contra el sacerdocio que está velando á sus puertas, ¿qué extraño es que cuando ha dejado de ser un lugar sagrado, se le vea como cualquier otro, adonde todos pueden penetrar? Estamos conformes con este pensamiento del autor de los «Bosquejos:» *Yo respeto, como nadie, las arrugas de la vejez; pero eso es siempre que se respeten ellas mismas.* Y no solo estamos conformes, sino que lo extendemos á todas las edades, y no le circunscribimos á la sola ancianidad.

Explicados los motivos que nos impulsan á escribir sobre lo que ya ha escrito el cura de la Sierra, nos parece que estamos en el caso de entrar en materia. Lo haríamos desde luego, si no se nos presentara por de pronto una dificultad en cuya fuerza no habíamos reparado, sino hasta el momento en que íbamos á ordenar nuestras ideas. Hé aquí la dificultad: tenemos que empeñarnos en un debate de moral y religion, una vez que de moral y religion se ocupa el pequeño libro de cuya vindicación tratamos; y aun cuando pensamos considerarlas bajo su aspecto filosófico, pues discutimos con un escritor que nos llama á la liza de la filosofía; sin embargo, como no hay filósofo que no tenga su sistema, su profesion de fe, su credo, fuera del cual nada acepta como razonable, ante todo, lo primero en que debíamos estar empapados era en el sistema, en la profesion de fe, en el credo del autor de los «Bosquejos,» so pe-

na de que todo lo que dijésemos, por satisfactorio y toral que nos pareciese, seria estéril para el fin que nos proponemos, que no es otro que el de convencer ó ser convencidos. Y esto es verdaderamente difícil y toca á lo imposible, pues aunque somos de los que por afecion á la lectura y á la incolumidad de nuestras creencias, leemos todo lo que se nos viene á las manos, principalmente lo escrito por personas que se hacen notables por sus tendencias hostiles contra el catolicismo, en cuyo número contamos al Sr. Altamirano, no hemos podido formar idea cabal, de cuál sea su sistema, su profesion de fe, su credo como filósofo. Y lo confesamos sin embarazo, aquella dificultad ó imposibilidad subieron de punto despues de haber leído con escrupuloso cuidado y suma atencion, su Carta á Tartufo, publicada en el número 61 del *Federalista*.

El éxito de la discusion, depende de varias circunstancias; pero mas que todo, de los puntos de contacto que hay entre los que discuten. Si entre ellos no hay un fondo comun de verdades reconocidas, aunque sea en corto número, un caudal de principios que no sea necesario demostrar, desde luego vale mas no discutir. El tiempo es un tesoro que no se debe gastar en cosas que no sean de provecho. La discusion bajo tales auspicios, no pasaria de un entretenimiento pueril, de una vana ostencion de fuerzas intelectuales, de un ensayo frívolo del ingenio que desea ser aplaudido, ya no por lo que crea, sino por lo que tiene la destreza de confundir y trastornar.

La dificultad, pues, no es tan sencilla. Para discutir con el Sr. Altamirano, necesitamos saber al ménos algunas de las verdades que no declina, algunos de los

principios que pasa por inconcusos. Como dijimos, ántes de la Carta á Tartufo, presumiamos, que no nos era desconocido algo de lo que formaba la base de su sistema filosófico, y con este algo, creíamos tener lo bastante; pero despues de aquella pieza literaria, encontramos con que sabiendo mucho, muchísimo, realmente nada sabemos respecto de sus opiniones en la materia cuya discusion ha provocado.

Parece extraño, que cuando mas escribe, ménos se le conozca; pero esto, á pesar de la extrañeza, es la verdad. Vamos á ser francos. No obstante las extraviadas ideas del autor de los «Bosquejos,» creíamos que en el fondo era católico, y nunca dudamos, ni por un momento, que le ocurriese ser ateo. Le suponiamos teísta, y esto nos bastaba, pues el que reconoce la existencia de Dios, fácilmente reconoce la verdad del catolicismo. Tan estrechas son las relaciones que hay entre Dios que quiere ser adorado, y el culto bajo que quiere que se le adore. Nos considerábamos felices con juzgarle católico un tanto cuanto vacilante; y deciamos: nada es mas fácil que persuadirle, si los errores que propaga son hijos de su conviccion; pues no hay mas que demostrarle que ellos son contrarios á la verdad y á los principios que venera en su doble carácter de teísta y de católico.

Con quien admite la existencia de Dios, se pueden controvertir cuestiones de moral: con quien se confiesa católico ó al ménos cristiano, se puede igualmente controvertir sobre puntos de religion. Pero hablarle de una ó de otra, ó de ambas á la vez á quien se declara ateo, seria candor, si no imbecilidad ó demencia.

No queremos creer, se nos resiste, deseamos haber interpretado mal sus palabras: no queremos creer, re-

petimos, que el autor de los «Bosquejos» profese las teorías desoladoras del ateismo. Esta planta ruin no puede enraizar en medio de la exuberante vegetacion del siglo XIX. La atmósfera de civilizacion que respiramos, la secaria en el momento en que su corteza diese paso al primer retoño. Y sin embargo, la Carta á Tartufo es demasiado explicita, sobradamente clara. Un arrebatado apasionado sin duda, un acaloramiento súbito, tal vez, hizo al espíritu mal consejero de la pluma. En aquella carta, su autor se honra y se gloria de que se le atribuyan por antecesores á los *imptos*, *Lucrecio y Spinoza*, á los *enciclopedistas*, *Voltaire y Diderot* y á los *frailes apóstatas*, *Lutero, Melancton y Knox*, y no solamente se honra y se gloria, sino que *no se cree* digno de tanta distincion; y con una vehemencia y un ardor que revelan una adhesion inquebrantable, se confiesa el mas insignificante de sus discípulos, y se contenta con que le pongan á los piés de esos apóstoles de la verdad, para adorarlos y admirarlos. ¡Adorarlos! En efecto, á la adoracion de semejantes monstruos suelen conducir los extravíos de la inteligencia. ¡Adorarlos! Nosotros los católicos solo adoramos á Dios. Cualquier hombre, por alta que sea su superioridad, por gigantesca que sea su talla, estará sobre todos nuestros respetos, sobre toda nuestra admiracion y sobre todo nuestro entusiasmo; pero abajo, muy abajo de nuestra adoracion y de nuestros cultos. El incienso que acostumbramos quemar, no es el incienso de la idolatría.

Pero volvamos á tomar el hilo de la dificultad: si los principios, si el sistema filosófico del autor de los *Bosquejos*, son los de esos hombres, como parece no caber duda, en realidad no profesa ningunos, ó es el filó-

sofo de todos los absurdos y de todas las contradicciones. Con Lucrecio será materialista y ateo; con Spinoza, panteísta; deísta con Voltaire y Diderot; y no sabemos qué, si católico ó protestante, ó ni protestante ni católico, con Knox, Melancton y Lutero.

Los pensamientos que bulleron en las cabezas de esos talentos desgraciados, y que trasladaron al papel con habilidad asombrosa, no podrian reducirse nunca á la unidad, ni concordarse hasta el punto de formar con todos ellos un sistema razonable. Más fácil seria hacer de la luz y de las tinieblas un todo que no iluminase como la luz, y que no produjese oscuridad como las tinieblas. Los contrarios son impenetrables: no pueden residir á la vez y en armonía en un mismo sugeto: ó está el uno ó el otro ó ninguno, pero nunca los dos. Su antagonismo de naturaleza no transige; su intolerancia de esencia no cesa. Concebimos muy bien, que haya entendimiento que se incline á la absurda moral que Lucrecio desarrolla en su poema de la «Naturaleza de las cosas,» que con él destrone la divinidad, y la reduzca á una fábula, y que haga del deleite la única regla de conducta, y la ocupacion mas laudable.

Concebimos tambien, que haya almas á quienes no repugne la no ménos absurda filosofía de Spinoza, fundada en el *Mens agitans molem*, y en el *natura naturans* y *natura naturata*, que es como el caos en que sepulta las ideas de libertad, de virtud, de heroísmo, etc., que tanto dignifican al hombre. Pero no podemos concebir, que la materia inerte del primero se equipare con el *mens agitans* del último, ni ménos que de aquella moral y de esta filosofía, resulte un todo armónico que explique todos los fenómenos del espíritu y de la conciencia.

Pero al ménos, se podrá decir: Voltaire y Diderot están de acuerdo el uno con el otro, supuesto que ambos son deístas. Pero si demostramos que no están de acuerdo cada uno consigo mismo, ¿qué valor se dará á esa armonía aparente de solo nombre?

Defacto, Voltaire cambia de ideas y de principios en cada una de las horas del dia. Al despertarse, nos dice, que *si Dios no existiera, seria preciso inventarle*: al tomar el té, convierte la necesidad de su existencia, en una cosa parecida á la certidumbre, pero que bien puede ser una probabilidad: al comer, oíd cuáles son sus palabras: «*Spinoza, no solo era un ateaista, sino que enseñaba tambien el ateísmo, y un filósofo puede ser, si quiere, spinosista*. Héle aquí justificando lo que ántes habia creído injustificable. ¿Hay en esto consecuencia? No, sino prurito de hablar de todo para ser aplaudido. Una de las causas del ateísmo, dice un escritor, es el movimiento impetuoso de la ambicion hácia la falsa gloria.

En cuanto é Diderot, tan pronto demuestra la existencia de Dios, con solo presentar el ala de una mariposa, cuando podia aplastar, dice, al que la negara con el peso del universo, como afirma: que no hay sér ninguno en la naturaleza, que se pueda llamar primero ó último; y que una máquina absolutamente infinita se ha sustituido á la divinidad.

Ménos todavia pueden hermanarse con los anteriores pensadores ni Lutero ni Melancton, pues ni cuadra á la despreocupacion filosófica de los enciclopédicos el rudo fanatismo de los reformadores, ni hay punto racional de comparacion entre meros deístas que proscriben todo culto, y furiosos innovadores que no hay uno solo que

rehusen y á que nieguen el *exequatur*. ¿Qué fanatismo mas estúpido que el de Lutero que recibe sus inspiraciones de la boca del mismo Satanás con quien tiene sus entrevistas y entra en diabólicas controversias? ¿Qué supersticion mas ridícula y lamentable que la del mismo Melancton que veía como presagios felices para el *nuevo Evangelio* la inundacion del Tiber, en que Roma hubiese dado á luz una mula, un monstruo con piés de grulla, y el que en el territorio de Ausburgo donde á la sazón se celebraba la dieta, hubiese nacido un becerro con dos cabezas? ¿De Melancton que en el desaliento que le causaba el furor de sus correligionarios, se consolaba con esperar la realizacion de pronósticos astrológicos y él mismo se ocupaba en formar el horóscopo de su hija?

Sería un milagro que de los principios de estos hombres que nada tienen de comun, sino el absurdo, se pudiese formar un todo á que pudiera bautizarse con el nombre de sistema filosófico, y un milagro mayor aún, que tantas monstruosidades, apénas concebibles en la cabeza de cada uno de ellos, llegaran á contenerse en una sola. Sin embargo, este milagro parece haberse realizado en la del autor de los «Bosquejos» que afirma ser tan solo un *pobrisimo discipulo de aquellos sabios*, continuador de la obra que emprendieron y misionero de su propaganda.

Como se vé de la anterior reseña, que recortamos por no recargar el cuadro, la dificultad no es aparente, sino real y trascendental hasta el grado de imposibilitar la discusion. Están bien los Proteos cuando se trata de ardidés; pero sobran, en tratándose de razones, á no ser que consintieran por un momento en prescindir de

la manía de tomar todas las formas, decidiéndose por una sola, sea cual fuere.

Así, como preliminar, necesitamos saber, cuál es el sistema moral que cuadra al Sr. Altamirano; si el de Lucrecio y Spinoza, que lo exprese con claridad: cuál el sistema filosófico; si el de Voltaire y Diderot, que sea un poco mas explícito: cuál el sistema teológico; si el de Melancton y Lutero, que lo diga con franqueza. Si responde afirmativamente, ya tendremos una base de que partir y sabremos á qué atenernos. Fácilmente nos podremos entender en la discusion. En caso contrario, nos limitaremos á vindicar el pequeño libro del padre Ripalda, de los cargos de *immoral, fanático y estúpido*, que le formula; llamando en su favor, no los principios que, como filósofo, profesa quien le combate, cosa que aseguraria nuestro triunfo; sino los que profesa todo el mundo civilizado, cosa que nos le tiene ya asegurado.

El extremo del velo que ha levantado el autor de los «Bosquejos,» en lugar de darnos luz nos ha dejado en tinieblas, pues solo hemos visto, y con alguna confusion, opiniones varias y contrarias, opiniones que se refieren á personas que están en el mas completo desacuerdo, no solo las unas con las otras, sino cada una de ellas consigo mismas, segun los tiempos y segun las circunstancias; y más que á Ciceron que contaba con una gran cabeza: *la variedad y contrariedad de las opiniones nos desconciertan*; y como él, no podemos llamar *nociones sino ficciones, á las que varían con las personas y no son siempre constantes en una misma*. A este punto queremos llegar, pues si las opiniones del amigo de Tartufo son ficciones, conocido esto del público, sus apreciaciones no podrán hacer mella ni en sus mismos apa-

sionados admiradores; y entónces él solo es el defensor mas abnegado de las víctimas que condena. Pero si no son ficciones, porque ellas formen un cuerpo de doctrina, nos prometemos que del arsenal de su misma doctrina, nos proveerémos de armas para el combate, ciertos de que serán las mas á propósito para nuestra defensa.

Pongamos fin á este artículo preliminar, advirtiendo que si suscribimos éste y los que sigamos escribiendo, no es porque creamos que nos puede resultar alguna gloria literaria, pues carecemos de las dotes que para alcanzarla se requieren; á ello nos mueve tan solo el amor que tenemos á nuestras creencias, por las que estamos dispuestos á hacer hasta el sacrificio de nuestras vidas, y de cuya defensa no queremos ni debemos avergonzarnos.



EXAMEN GENERAL DE LA MORAL DEL PADRE RIPALDA.

ARTICULO II.

El Catecismo del padre Ripalda es un código de inmoralidad. Hé aquí uno de los varios motivos de querrela con el autor de los «Bosquejos.» ¿Por qué? le preguntamos. «Lo escrito, escrito,» responde. ¿Por qué? le volvemos á preguntar. Y él contesta con la elocuencia del silencio.¹

Ciertamente, por honor suyo y para ventaja nuestra, hubiéramos deseado que no solo hubiese sentado su tesis, sino que, como hombre entendido, la hubiera desarrollado y presentado á la consideracion del público sensato, con todo aquel peso y aquella importancia que parece atribuirle.

Aunque nosotros seamos católicos, y aunque felizmente lo sea toda la nacion mexicana, no por eso hemos abdicado de la razon, para que se pueda suponer que debemos admitir sin exámen lo que se propone por cualquiera. Por lo mismo que el catolicismo es el principio de la vitalidad intelectual, la inteligencia de todo aquel que es católico, es mas independiente, y se doblega ménos al hombre, si bien por otra parte está dispuesta á aniquilarse ante la palabra de Dios.

Así como no reputamos historia la que refiere hechos

¹ Ya escrito este artículo, hemos leído en el *Federalista* de antier, que se nos contestará. Han pasado cinco meses y el Sr. Altamirano no piensa en cumplir su espontánea promesa.